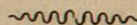


José Martínez Landa, Pro año 1904

PRIMER SERMON.



Necesidad de conocer a Jesucristo: cuan poco se le conoce: consecuencias de esta falta de conocimiento.

Hæc est vita æterna, ut cognoscant te solum verum Deum, et quem missisti Jesum Christum.

(Joann. XVII, 3.)

TERCERA vez, Señores, ocupo esta cátedra santa, para dirigiros la palabra de verdad durante las solemnes funciones que á la gloria de Jesus Sacramentado consagra la Real Archicofradía de las Cuarenta Horas; y pláceme en gran manera que al fijar mi residencia en esta córte, porque así lo ha dispuesto la divina Providencia, las primicias de mi ministerio tengan por objeto secundar las miras de esta institucion católica, de cuyos ejercicios en otra ciudad quiso valerse nuestro buen Dios para separarme del mundo é inspirarme la vocacion al estado sacerdotal. Pues tanto le debo, justo es le pague tributo, siquiera humilde, de mi celo y de mi gratitud. Al hacerlo, y al buscar el asunto de que deba ocuparme, para alimento de vuestra inteligencia y de vuestro corazon, yo no encuentro otro mas propio ni mas digno que el objeto

mismo de vuestra adoracion en las Cuarenta Horas, y en estos solemnísimos cultos: Jesucristo.

Se ha dicho que todo en el mundo tiende á la Religion, todo en la Religion á Jesucristo. Él es, pues, el objeto primordial de la oratoria sagrada. Hacer que el mundo le conozca, procurar que el mundo le ame, trabajar para que triunfe y reine en el individuo y en la sociedad: tal es nuestro ministerio. Por ello exclamaba el primero entre los grandes oradores cristianos, el Apóstol de las gentes: «Nos preciamos de no saber otra cosa entre vosotros que á Jesus, y este crucificado, sacrificado por el hombre (1). No predicamos otra cosa que á Jesus crucificado.» (2) Esta es la mision que he recibido, evangelizar las inestimables riquezas de Cristo (3): mi oracion se eleva al Padre de las misericordias para alcanzaros luz divina, á fin de que por la fe habite Cristo Jesus en vuestros corazones (4), y trabajo y padezco hasta formar á Cristo en vosotros (5).

¡Ojalá, hermanos míos, supiera yo cumplir la gran mision del apostolado católico, y sintiera en mi pecho los ardores del celo que sentia San Pablo para dar á conocer á Cristo! ¡Ojalá brillase en mi entendimiento la luz clarísima que le reveló las riquezas del gran misterio escondido en Dios antes de los siglos! (6) Pudiera yo decir al menos con el dulcísimo Bernardo: «Toda mi filosofía, toda mi sabiduría, es Jesucristo.» (7) ¡Cuán dig-

(1) I Cor. II, 2.

(2) Id. I, 23.

(3) Ephes. III, 8.

(4) Id. id., 17.

(5) Gal. IV, 19.

(6) Ephes. III, 9.

(7) Hæc mea sublimior Philosophia, scire Jesum, et hunc crucifixum.

(S. Bernard., *Serm. 43 in Cantic.*)

namente hablaria entonces de él, que forma las complacencias del Padre desde la eternidad, y fué la esperanza de los hombres antes de su Encarnacion, y despues de ella el objeto tiernísimo de su amor y de la esperanza de entrar en su gloria! Él es el principio que se digna hablarnos como á los judíos (1), el fin de la ley (2), el misterio de los siglos, la explicacion de los símbolos, el fundamento fuera del cual no puede ponerse otro (3), el Hijo de Dios, el Redentor de los hombres, la salud y la felicidad de las naciones.

Confieso sinceramente, Señores, mi impotencia para trazar el cuadro de las sublimes grandezas de Jesucristo; pero confiado en su omnipotente auxilio, que hace elocuentes á los niños (4), animado del deseo de hacerle conocer y amar de todos, y recordando agradecido la benevolencia con que en años anteriores me habeis escuchado al describiros las riquezas y armonías de la Sagrada Eucaristía, y al tratar de la influencia del Catholicismo en la vida individual y social, me atrevo á ensayar mis fuerzas en esta obra. Hablemos hoy, como sentando preliminares, de la necesidad de conocer á Jesucristo, de cuán poco se le conoce entre los mismos cristianos, y de las consecuencias de esta falta de conocimiento.

(1) Joann. VIII, 25.

(2) Rom. X, 4.

(3) I Cor. III, 10.

(4) Sap. X, 21.

PRIMERA PARTE.

Somos cristianos, hermanos míos. Ni uno solo hay entre nosotros que no se llame con este nombre, ni uno solo que no esté dispuesto á tomar como injuria grave el oír que se le niega este título de honor. Tal es la dignidad que comunica, tal la grandeza que imprime en el alma, que aun los que en su conducta lo renuncian, en su palabra lo retienen y reivindicán como propio; porque es sinónimo de hombre regenerado; de hombre elevado á un órden superior y divino; de hombre, en fin, que se llama y es hijo de Dios por adopción amorosa del Omnipotente (1).

Ser cristiano, dice el pequeño libro en que aprende el niño las mas sublimes verdades, el pequeño libro que desdeña el hombre, cuando ni un día debia dejar de leerlo y meditarlo; ser cristiano, dice ese pequeño opúsculo que llamamos Catecismo, es ser discípulo de Jesucristo. ¡Oh, cuánto dice esta palabra! ¡Cuán profundo es su significado! Si la meditasen los hombres todos como deben, ella les bastaria para renovarse en todo su sér, y llegar al heroísmo de todas las virtudes. ¡Discípulo de Jesucristo! ¡Hombre que hace profesion pública de seguir la doctrina de Jesucristo como regla de toda su conducta!

El discípulo, ante todo, debe conocer á fondo á su maestro. Sin este conocimiento, en nada acreditará

(1) I Joann. III, 1.

aquella cualidad, y al querer usurpar el nombre, las acciones darán un mentís solemne á sus palabras; porque los deberes que caracterizan al verdadero discípulo, son respetar á su maestro, creer y seguir su doctrina, imitar sus acciones en conformidad con aquella, y aspirar constantemente al término que le señala. Ninguno de estos deberes se cumple sin el conocimiento de Jesucristo: sin él, la persona y la memoria del maestro se hacen indiferentes al llamado discípulo, sus lecciones no se imprimen en el alma, sus ejemplos no tienen influencia sobre el corazón, su amor se extingue, y ni aun su nombre se pronuncia ó sale de los labios, sin que arranque del corazón.

¿Pero hay, hermanos, entre los hombres, hay entre los cristianos quien no conozca á Jesucristo? Por desgracia son más de los que se cree. El conocimiento, la ciencia de Jesucristo, por la cual despreciaba el Apóstol todas las cosas (1), y que debiera formar la base de todos los conocimientos del cristiano, es mirada con indiferencia, si no es completamente ignorada. Porque no se trata de un conocimiento de nombre superficial, histórico, puramente especulativo, sino de un conocimiento sólido, que descubriendo al hombre quién es Jesucristo, su divinidad, su doctrina, su sacrificio, sus ejemplos y su obra, ó sea la Iglesia católica, desenvuelve á los ojos del alma el gran cuadro de las verdades, las bellezas y los tesoros de la Religión, y cautivando el entendimiento en obsequio de Cristo, le rinde también el corazón por el sentimiento de la adoración y del amor que nacen de la fe. Trátase de un conocimiento que tiene en esta su principio, y se dilata, se engrandece y se ilustra, y des-

(1) Philip. III, 8.

pues de haber derramado multiplicada luz en la inteligencia, llena el alma y la vivifica con el calor que produce aquella luz vivísima, reflejando en el corazón.

Este es el carácter y el efecto de la verdadera fe. Como en el orden natural no da vida, ni grandeza al alma la idea que en la mente queda inerte y sin influencia, cual libro sellado en un estante, ó como pergamino de nobleza cerrado en un archivo, sino aquella tan solo que con actos repetidos es ilustrada y fecundada para que sea madre de nobles sentimientos en el corazón, y principio influyente de acciones que la sensibilizan; así en el orden sobrenatural solo merece apreciarse la fe viva, activa y operante, la fe que, ilustrando el entendimiento, le llena de sí misma, le rinde á su luz, cautivándole en servicio de Cristo con obsequio racional, como dice el Apóstol (1), y se hace origen de sentimientos de virtud, y principio de acciones que santifican. Por ello, Señores, á pesar de que la fe es un acto del entendimiento que, ilustrado con luz divina, da asenso á la verdad revelada, San Pablo nos la presenta como un sentimiento del corazón, que se traduce en actos exteriores. *Corde creditur ad justitiam, ore autem confessio fit ad salutem* (2). Con el corazón se cree para justificarse, y con la boca se confiesa esta fe para salvarse. El sentimiento y la palabra dan testimonio de la fe, manifestándola por las obras; sin esto está muerta, dice Santiago: pruébame tu fe con las obras, añade, si quieres que la reconozca en tu alma (3).

Esta idea, este conocimiento de Jesucristo, es el que constituye el carácter del verdadero cristiano. Los que

(1) Rom. XIII, 1.
 (2) Id. X, 10.
 (3) Jacob. III, 17, 18.

son de Cristo, dice San Pablo, viven del espíritu de Cristo; los que no tienen este espíritu, no son suyos (1). Tened, añade, los mismos sentimientos de Cristo Jesus (2), para que su vida se manifieste en vosotros (3). ¿Y será posible que tenga los caracteres de verdadero discípulo de Jesucristo el que no conoce á su maestro, ó tiene de él tan solo una idea vaga, genérica, especulativa?

El cristiano, Señores, vive de la fe, de la esperanza y de la caridad. Dios infunde en el alma estas virtudes al regenerar al hombre y hacerle hijo suyo en el bautismo; pero quedan como un mero hábito, sin acción, sin influencia, como sávia del árbol que nada produce y apenas mantiene su vida en el invierno, si no están movidas, ejercitadas y como calentadas por la reflexión, hija de ese conocimiento de Jesucristo. La fe, raíz de toda justificación (4), principio de la vida espiritual, luz divina que brillando en el alma la descubre sublimes verdades, y extiende en torno suyo el magnífico horizonte del mundo sobrenatural, si no se ejercita en este conocimiento de Jesucristo, en cuya palabra se funda, queda reducida á una credulidad rutinaria, que no sabe dar razón de sí misma, ó se ve combatida por el orgullo que se resiste á todo sacrificio, y que para autorizar su resistencia engendra la duda, que conduce á la indiferencia especulativa, ó se convierte en una fe puramente especulativa, que se acompaña con la indiferencia práctica. Los hechos lo atestiguan. ¿Por qué vemos rendirse tantos cristianos al vano y capcioso sofisma de la incre-

(1) Rom. VIII, 9.
 (2) Philip. II, 5.
 (3) II Cor. IV, 11.
 (4) Conc. Trid., sess. 8, cap. 7.

dulidad? ¿Por qué tanta resistencia á creer ciertas verdades de nuestra Religion, que contradicen al orgullo y á la sensualidad, y que exigen su sacrificio? ¿Por qué la rebelion contra la Iglesia y sus preceptos, que son la realizacion de aquellas verdades? Sin duda, hermanos, porque no se conoce bien á Jesucristo, ni se tiene de él la idea que debe tenerse, ni se anidan en el corazon los sentimientos que hácia él debe tener todo cristiano. Si así no fuera, si se tuviese esa verdadera fe en Jesucristo, lejos de imitar á los Cafarnaitas, que se alejaron diciendo: *durus est hic sermo* (1), exclamarían con San Pedro y los Apóstoles: «Nosotros creemos que eres el Hijo de Dios, y por consiguiente, que tu palabra, siquiera humille á nuestra débil razon y abata nuestro orgullo, es palabra de verdad infalible, es palabra de vida eterna.» (2)

El hombre cristiano vive de la esperanza. La fe, descubriéndole el término de sus aspiraciones en el cielo, le hace esperar su posesion y los medios de llegar á ella. Esta esperanza le anima en la lucha, le sostiene en la tribulacion, le lleva á la oracion, le hace héroe en la paciencia, enjuga sus lágrimas en el dolor, y le inunda de gozo en medio de las angustias de la afliccion (3). ¿Y en quién se funda esta esperanza sino en Jesucristo, que mereció al hombre las fuerzas de la gracia y el derecho á la gloria, y nos dice á todos en persona de los Apóstoles: *Confidite, filii?* (4) ¿Quién sostiene esta esperanza, sino el conocimiento de Jesucristo, el recuerdo de sus palabras, y la consideracion de su sacrificio, neces-

(1) Joann. VI, 61.

(2) Id. id., 69, 70.

(3) II Cor. VII, 4.

(4) Joann. XVI, 33.

rio, como él mismo dijo, para que como hombre entrase en posesion de su gloria? (1) Quitad al hombre esa fe, ese conocimiento, robadle ese modelo, apartad de delante de su alma á Jesucristo: ¿qué espera ya? ¿Quién le sostiene? En medio de esa no interrumpida série de tribulaciones que le rodean, en esa lucha incesante de las pasiones que le combaten, en medio de la contradiccion, de la pena, de los desengaños de la vida, ¿á dónde dirigirá sus ojos para que repose confiada el alma en su insaciable deseo de felicidad? Sin Jesucristo no hay esperanza, no hay más allá, no hay, hermanos míos, sino la muerte tras la desesperacion.

El hombre cristiano vive de la caridad. Llama divina que del cielo trajo á la tierra el Hijo de Dios, hija de la fe, y á la vez alma de ella, la caridad es la que, inflamando el corazon, le eleva sobre la tierra, purifica sus afectos, le acerca á Dios y á él le une. Dichoso quien de ella vive, está en Dios y Dios en él (2). Si me amais, dice Jesucristo, mi Padre os amará, y vendremos á vosotros, y pondremos nuestra morada en vuestro corazon (3). Desgraciado el que carece de ella. El que no ama, dice San Juan, permanece en la muerte (4), el que no ama á Nuestro Señor Jesucristo, añade San Pablo, sea anatema (5). ¿Y cómo le amará el hombre que no le conoce, que no forma idea exacta de él, ni medita en su amor, que le hizo víctima por nosotros, y en su bondad, y en su dulzura, y en su caridad ardiente, que le hizo pasar sobre la tierra derramando bienes (6), y morir en

(1) Luc. XXIV, 26.

(2) I Joann. IV, 16.

(3) Id. XIV, 23.

(4) Id. III, 14.

(5) I Cor. XVI, 22.

(6) Act. X, 38.

un patíbulo, y dársenos en alimento? La caridad de Cristo nos apremia, dice San Pablo (1); pero es solo cuando la conocemos, la profundizamos, la saboreamos, y hacemos descender y abrigarse en nuestro corazón la idea que de ella nos enseña á concebir la fe en la lectura y la meditación de las bellísimas páginas del Evangelio.

Ni la fe, ni la esperanza, ni la caridad, se desarrollan y producen en el alma sus frutos de vida eterna, sin el conocimiento sólido de Jesucristo. ¿Cómo creerán, dice San Pablo, en aquel á quien no oyeron? (2) ¿Cómo creerán en aquel á quien no conocen? ¿Cómo esperarán en él? ¿Cómo le amarán? Y si no creen, si no esperan, si no aman, ¿qué son sino un fantasma de cristianos, autómatas que se mueven sin saber de dónde vienen ni á dónde van, cañas débiles que se mueven á todo viento, niños vacilantes que ceden al impulso de cualquier soplido de doctrina de error, que emponzoña el alma halagando la pasión y el apetito? (3)

En la última noche de su vida mortal, el Salvador del mundo, rodeado de sus discípulos, á quienes daba sus últimas instrucciones, levantó sus ojos al cielo, y dirigiendo su palabra al Padre, exclamó: Me has enviado para que dé á los hombres la vida eterna: clarifícame, haz que me conozcan. Yo he hecho ante ellos cuanto me mandaste, para que te conozcan y crean que tú me has enviado: clarifícame para que crean, y te amen; y vivan del amor con que tú me amas y yo te amo, y tengan vida eterna. Esta es la vida eterna, que te conozcan á ti, solo Dios verdadero, y á Jesucristo, á quien tú

(1) II Cor. V, 14.

(2) Rom. X, 14.

(3) Ephes. IV, 14.

has enviado (1). ¿Qué podremos añadir á estas palabras del Hijo de Dios? La vida del alma, la que conduce á la felicidad eterna, está en el conocimiento no estéril, sino conocimiento fecundo y amoroso de Dios Padre y de Jesucristo su Hijo, y esto dice, explica A Lápide, porque este conocimiento es la base de la fe en todas las demás verdades (2).

Con él se explica todo: sin él todo es enigma. Dios, hombre, destino, civilización; todo se esclarece, todo se ilustra conociendo á Jesucristo. Sin esto todo queda envuelto en tinieblas. ¿No lo prueba el estado del mundo y las ideas de los hombres en los cuarenta siglos que le precedieron? ¿No lo demuestra el cambio que experimenta la humanidad en cuanto aparece Jesucristo? ¿No lo evidencia la incertidumbre, la duda, la oscuridad en que vemos se envuelve todo sistema que prescindiera de Jesucristo, y el vacío que deja en la sociedad que le destierra de su seno? Cuando Jesucristo se ausenta, ha dicho un filósofo, todo queda en tinieblas, porque tras de él, como tras del sol que arrastra á los planetas, se van todas las instituciones y todas las luces que aportó á la tierra para hacer al hombre feliz (3).

Confesémoslo, Señores: Jesucristo es el camino, la verdad y la vida (4). Es la luz del mundo; el que la sigue no anda en tinieblas (5); el que no la sigue, en ellas anda metido, sin descubrir jamás la verdad esencial, ni la felicidad verdadera. El conocimiento de Jesucristo basta para desterrar el error, la duda, la superstición, el

(1) Joann. XVII.

(2) A Lápide in cap. XVII Joann.

(3) *Lamennais*, Ensayo sobre la indiferencia, lib. 2.

(4) Joann. XIV, 6.

(5) Id. VIII, 12.

vicio y la muerte del alma, y para fijar en ella la verdad, la paz, el gozo, la santidad, la vida y la salud eterna. A la manera que el sol, levantándose en el horizonte, disipa las tinieblas y las sombras que envolvían la faz de la tierra, así cuando Jesucristo, luz del mundo, sol de justicia, aparece en el entendimiento y en el corazón de los fieles, y difunde las riquezas de su luz divina, el error se disipa, las pasiones pierden su fuerza, el crimen huye, y se cumple lo que pedía el profeta: Levántese Dios, y disípanse sus enemigos (1).

El que conoce á Jesucristo conoce la grandeza de Dios, que tiene á un Dios por adorador y víctima, y aprende el respeto y la santidad con que debe servirle. Conocido Jesucristo, se comprende la corrupcion profunda del hombre y la malicia del pecado, que exigió para su reparacion el sacrificio de un hombre Dios. El pecador, ante la enormidad de sus crímenes y la eternidad de las penas merecidas, correría á la desesperacion; pero en Jesucristo encuentra un mediador que tomando sobre sí la deuda, le reconcilia con Dios y le devuelve la paz. Él es, dice San Pablo, el Sacerdote que con su sangre obró la expiacion, y entró en el tabernáculo eterno, hallando redencion para los hombres (2). El pecador, extraviado en la selva de las pasiones, necesita un camino para volver á Dios; sumergido en el error, la ilusion y la engañosa mentira, necesita una luz que le descubra la verdad; reducido al estado de muerte espiritual, anhela volver á la vida. Jesucristo, saliéndole al encuentro con su gracia, le dice: Yo soy el camino, la verdad y la vida (3): quien me siga tendrá la luz de vida eter-

(1) Psalm. LXVII, 2.
 (2) Hebr. IX, 12.
 (3) Joann. XVIII, 12.

na (1), porque con mi auxilio el infierno quedará vencido, el demonio encadenado, destruido el espíritu del mundo, sometidas las pasiones, y entronizada como señora en el corazón la gracia.

El hombre que abraza la penitencia conociendo á Jesucristo, encuentra el modelo perfecto de ella en un Dios que se humilla, padece, renuncia toda consolacion, y no tiene donde reclinar su cabeza (2). El que se ve acometido del dolor, ó sumido en la pobreza, ó abrumado por el trabajo, encuentra su ejemplar y su consuelo en Jesucristo, que en trabajos desde su infancia (3), dice á todos: Venid á mí los que trabajais y estais cargados, y yo os aliviare, y os daré fuerzas (4). El Justo, conociendo á Jesucristo, conoce al que es su justicia, su santificacion y su redencion (5), al autor y consumidor de su fe (6).

Todo lo encontramos en Jesucristo, hermanos míos. Él es para nosotros la razon y el principio de todas las cosas, dice San Ambrosio (7). Jesucristo es el arca santa que encierra todos los tesoros de la sabiduría, de la ciencia y de la caridad de Dios (8). En él y por él subsisten todas las cosas (9). Él es el divino modelo, al cual es preciso ajustarse para ser del número de los predestinados (10). En él, finalmente, como en inacabable tesoro,

(1) Joann. VIII, 12.
 (2) Matth. VIII, 20.
 (3) Psalm. LXXXVII, 16.
 (4) Matth. XI, 28.
 (5) I Cor. I, 30.
 (6) Hebr. XII, 2.
 (7) Omnia habemus in Christo: omnia Christus est nobis. (S. Ambros., lib. 3 *De Virgin.*)
 (8) Colos. II, 3.
 (9) Id. I, 17.
 (10) Rom. VIII, 29.